



Sociedad civil, participación comunitaria y empoderamiento en la era de la globalización

*Marilyn Waring **

Los primeros días

En los primeros días de la segunda ola del movimiento de mujeres, tuvimos nuestras propias historias sobre el desarrollo participativo comunitario. En 1978, oímos hablar de Lois Gibbs y las mujeres de la región de Love Canal en Nueva York, cuyas casas estaban construidas sobre 20 000 toneladas de desechos tóxicos: el barrio entero estaba enfermo. Gibbs se dio cuenta de que los hombres, las mujeres y las niñas y niños de la zona sufrían de diversas enfermedades: cáncer, abortos, muerte en útero, defectos de nacimiento y enfermedades de las vías urinarias. Reunió las pruebas. Mediante peticiones, reuniones públicas y el uso de los medios de comunicación, la comunidad de Love Canal se enfrentó al Consejo Escolar, a los gobiernos estatal y federal y finalmente al presidente. Se les reubicó y compensó, y dejaron la Agencia de Protección Ambiental como un legado para los Estados Unidos.¹

De manera similar, a principios de los ochenta, el trabajo de Maria Mies y sus estudiantes en Colonia nos introdujo a la “investigación acción”. Su investigación involucró a mujeres de toda la ciudad con el fin de reunir suficiente evidencia sobre la violencia doméstica para poder convencer a la policía y a los concejales de la ciudad de la necesidad urgente de crear los primeros albergues para mujeres maltratadas.

Tal y como se dieron cuenta quienes siguieron en esta ola mientras trabajaban a favor de las primeras clínicas de salud para mujeres, para que las víctimas de ataques sexuales fueran examinadas por mujeres policías y médicas, a favor de centros de atención para mujeres violadas, del amamantamiento en lugares públicos, y de espacios de trabajo libres de acoso sexual y de la implantación de estereotipos laborales,

la participación comunitaria de las mujeres era necesaria porque no se llevaban estadísticas de ningún tipo. No existía ninguna investigación respetable, ningún tipo de evidencia empírica, válida estadísticamente, que apoyara a los generadores de políticas cuando tenían la intención de satisfacer estas necesidades con financiamiento público

De mil maneras diferentes, las mujeres de mi generación recolectamos nuestros propios datos con nuestras hermanas, demostrando que las personas expertas en estos temas no eran aquellas con grados académicos, puestos burocráticos o batas blancas. Las “expertas” eran quienes habían vivido las experiencias. Reunimos historias y fotografías, organizamos grupos focales y demostraciones, hicimos teatro callejero y realizamos entrevistas con personas poderosas como informantes claves. Pensamos localmente y actuamos de manera mundial, pues sabíamos que estos temas eran desafíos a los que se enfrentaba el movimiento de mujeres de todo el mundo. Eramos ciertamente activistas de la “sociedad civil”, pero rara vez nos invitaban a dialogar quienes detentaban el poder. A menudo tuvimos que ser “inciviles” para ser escuchadas.

Debido a que “crecí” en y durante esta ola del movimiento feminista y supe de las historias de quienes me precedieron, creo que es simplemente imposible afirmar que “el surgimiento de la sociedad civil transnacional —las ONGs de distintos países coordinadas en redes de abogacía sobre diferentes cuestiones— [es] una evolución importante en el ámbito internacional”.² Seguramente estas redes trabajan con más rapidez en el siglo XXI, pero yo he estado en la biblioteca de archivos de Ishikawa Fusae (feminista, periodista, activista sindical y senadora independiente) en Tokio, Japón, y revisado cartas y revistas que recibía de las líderes del movimiento

* La doctora Marilyn Waring es economista política y profesora de políticas públicas en la Universidad de Massey, Nueva Zelanda. Es ex miembro del parlamento de Nueva Zelanda, consultora en desarrollo en Asia y el Pacífico, integrante del Banco de la Reserva de Nueva Zelanda y autora. La doctora Waring fue catedrática visitante en AWID durante agosto y septiembre de 2003. Los puntos de vista expresados aquí pertenecen a la autora y no necesariamente representan la opinión de AWID.

sufragista de Nueva Zelanda sobre las primeras mujeres elegida como alcaldesas y concejales en las elecciones locales de allá; revisé, también, su correspondencia con Jeanette Rankin, la primera mujer elegida al Congreso de los Estados Unidos en 1917. Vi la correspondencia archivada de mujeres de toda la región del Pacífico que felicitaban a Ishikawa Fusae por la creación del primer sindicato de mujeres en Japón. Escribían a mano o en anticuadas máquinas de escribir, y viajaban a las reuniones feministas internacionales en barco, sin embargo, su lenguaje y sus temas tienen resonancia en nuestra era de computadoras portátiles y viajes en avión en clase “ejecutiva”.

Así, para muchas mujeres, la sociedad civil transnacional no tiene nada de nuevo. Ya son varias las generaciones de mujeres que hubiéramos descrito nuestros métodos como transparentes, basados en la comunidad, empoderadores y políticos. Estamos haciendo lo que las mujeres siempre han tenido que hacer.

El surgimiento de la “participación” en el sector del desarrollo

Paulo Freire influyó sobre los científicos sociales en la década de los sesenta.³ Freire elaboró una filosofía en la que los pobres se involucraban activamente en el análisis crítico de su situación social, creando a partir de ello el potencial para cuestionar y transformar su entorno. La investigación acción participativa surgió de esta escuela de pensamiento, y fue descrita como el proceso en el que “la gente autoconsciente, aquellos que hoy son pobres y están oprimidos, transformarán progresivamente su entorno a través de su propia praxis. En este proceso puede que otras personas desempeñen un papel de catalizadores, pero no serán quienes tengan el dominio”.⁴ El análisis feminista no conformó una parte importante de este trabajo aunque las escritoras feministas podían adoptar con facilidad el enfoque de Freire, puesto que la historia⁵ de las mujeres ha estado repleta de ejemplos de este tipo.

Durante el mismo periodo, estaba creándose Rapid Rural Appraisal (RRA, Evaluación Rural Rápida). La explicación educada para su surgimiento es que los

métodos de evaluación que se utilizaban tomaban demasiado tiempo; la verdad es que eran risibles. Las evaluaciones, la mayoría diseñadas en las capitales donantes de Occidente, operaban como si: a) existieran datos disponibles en un campo sectorial amplio, y como si b) éstos fueran confiables. Según mi experiencia no había mucho — incluyendo las cifras sobre el PNB, la información de los censos poblacionales, las tasas de alfabetismo, la cantidad de mujeres involucradas en la agricultura, las cifras sobre mujeres y hombres que trabajaban en el sector informal, y las cifras sobre la cantidad de niñas y niños que estaban inscritos o asistían a las escuelas— en lo que se pudiera creer. Cuando no había datos, los funcionarios los inventaban.

Además, las contrapartes nacionales con las que trabajé “elevaban el plagio a una forma artística” (según la descripción de una buena amiga filipina). Irónicamente, utilizaban libros académicos occidentales acerca de su propio país. En muchos países, la idea de que una contraparte nacional tuviera que viajar, incluso en un proyecto sobre agricultura, a zonas que implicaban algo más que un cómodo viaje que los mantuviera alejados de la oficina un día, era anatema para ellos. Y la posibilidad de que los habitantes rurales prealfabetas pudieran saber más que los expertos occidentales acerca de los volúmenes de agua, las especies pelágicas del río para un proyecto de irrigación o construcción de una presa, o acerca de la flora y fauna de las zonas boscosas, ni siquiera llegaba a plantearse.

La creciente letanía de desastres del desarrollo requería que se pudiera contar, de alguna u otra manera, con información y visiones más confiables. Cuando Participatory Rural Appraisal (PRA, Evaluación Rural Participativa) surgió a fines de la década de los setenta, se citaba a menudo el trabajo de Robert Chambers.⁶ Al comienzo, la PRA utilizó a las personas nativas (las expertas) como minas de información, pero no las involucró en la viabilidad, implementación, monitoreo o evaluación de los proyectos. De hecho, quienes usaban la PRA generalmente habían predeterminado los parámetros del proyecto y no se molestaban en preguntar sobre las que podrían ser las prioridades reales. Pero durante este periodo, los métodos de investigación mismos evolucionaron: surgieron el mapeo social, los recorridos de transectos, la

calificación y clasificación con semillas, piedras o palos, y la diagramación institucional. El enfoque de “rata de laboratorio” apoyado en la tecnología, estaba fallando. Cada comunidad era diferente de las demás, tenía diferentes historias [de él y de ella], diferentes dinámicas de poder, diferentes maneras de trabajar con y utilizar su entorno natural. Y eran las comunidades las expertas en toda esta información. Los métodos de campo evolucionaron para reflejar esta realidad y para cambiar la dinámica de la investigación.

Para 1997, el trabajo de Chambers estaba produciendo un análisis del poder más detallado y sofisticado. La PRA no se trataba sólo de recolectar información más matizada. Significaba ceder el control y el poder, y esto era muy amenazante para los “expertos” occidentales. Los burócratas nacionales pensaban que estaba totalmente fuera de lugar.

Lo que no nos dicen sobre el desarrollo

He aprendido de mis experiencias a lo largo de los años que hay muchas razones vitales para involucrarse en el desarrollo participativo, la mayoría de las cuales, por lo general, no se mencionan en los libros de texto. No todos los países entran en alguna de las siguientes categorías, y algunos entran en una o dos, pero no en las demás, aunque sí puedo encontrar alguno que ejemplifique cada categoría.

Cuando el gobierno casi siempre dice sí a cualquier proyecto que se le ofrece: esto significa casi siempre que no se consulta a las comunidades acerca de sus prioridades en ninguna etapa. La prioridad del proyecto es, a menudo, crear una dependencia de los productores del país donante, en cuanto a materiales, maquinaria, desarrollo de infraestructura, vehículos o equipo y programas de computación. De esta manera, un gran porcentaje del paquete del donante se utiliza en los mismos expertos y en la producción del donante. Este enfoque representa desafíos enormes en cuanto a la capacidad desde el inicio del proyecto, porque la agenda silenciosa es la dependencia, no la construcción de capacidades. En la región asiática, por ejemplo, le he puesto este nombre a varios proyectos de la agencia de desarrollo del gobierno japonés, JICA, pues ilustran este enfoque. El elemento que le hace aceptar el proyecto al ministro receptor, o al director del proyecto de la contraparte nacional, es un chofer y un vehículo extras al servicio de la familia.

Cuando el gobierno receptor se niega a tener puntos focales transectoriales: esto puede suceder cuando se trata de un desarrollo de ecoturismo en un grupo de islas que se encuentra mar adentro, por ejemplo. Se firma el acuerdo del proyecto sólo con el Ministro de Turismo, y el Ministerio es el que consigue los vehículos, los teléfonos móviles, los paquetes de computación, nombra a las contrapartes nacionales que recibirán su pago en dólares estadounidenses, y se encarga de toda la capacitación. Sabes que necesitarás mucha cooperación de parte del Ministerio del Medio Ambiente o de Protección del Ambiente, pero como ellos no van a sacar nada de esto, no obtendrás de ellos la información que necesitas. Lo mismo sucederá con el Ministerio de Transporte, que está a cargo de las políticas referidas al transporte marítimo o aéreo hacia las islas; no recibirás ningún tipo de ayuda.

Cuando los burócratas del servicio público estaban estudiando en la universidad o en el servicio civil, durante un periodo importante de represión en el país: yo he visto helicópteros armados sobrevolando una universidad y matando estudiantes. He visto una universidad rodeada de tanques y a los estudiantes con pasamontañas manejando las rejas, para leer después sobre las muertes en los días anteriores y posteriores. Una mujer me dijo una vez: “Señorita, yo tengo mucho miedo de hablar. Aquí nadie habla: ni la madre con su hijo, ni la hermana con su hermano”. En casos como éste, hablar, pensar o actuar de manera independiente valía *literalmente* más que tu vida. Cuando la educación universitaria consiste en la disciplina de regurgitar la línea del partido, y cuando la labor de un organismo del gobierno es proteger al gobierno y nada más, toma dos generaciones para que la gente que se convierte en sirviente del gobierno salga de los organismos en los que llegan a directores generales y para que, por lo tanto, se dé un cambio institucional.

Quienes luchan contra la represión rara vez se vuelven burócratas con influencia; cuando llega el cambio entran a la política o a las ONGs. Incluso diez o veinte años después de una transición hacia algo parecido a la democracia, no se encuentra un solo burócrata en un puesto de mando que sea transparentemente honesto y con el que se pueda trabajar como contraparte. Si la contraparte proviene del sector privado, el juego de retener información seguirá hasta que todos reconozcan el poder y la importancia del burócrata. Esta persona estará perdiendo poder y dándose cuenta de que no tendrá un papel en el nuevo país. Intentará sostenerse con uñas y dientes. Generalmente en las comunidades se les desprecia, aunque son obedecidos. No puede confiarse en

ellos en ningún momento para que participen en ejercicios de integración de la comunidad porque no cederán el poder. Pero tampoco se puede confiar en que tengan una sola idea innovadora o cuestionadora.

Cuando el burócrata es también un líder de la “sociedad civil”: muchas de nosotras seguramente hemos trabajado en países donde todas las ONGs tienen que registrarse en el gobierno; donde todos los fondos de donantes son monitoreados estrictamente y aprobados por el gobierno; donde las ONGs son un sector pequeño empresarial mediante el cual se obtienen divisas, impregnado de nepotismo y corrupción. En Bangladesh y las Filipinas, por ejemplo, he escuchado conversaciones entre mujeres de las élites de las capitales que se preguntan entre sí: “¿Cómo van tus ONGs? ¿Ya tienes seis? A mí se me acaba de ocurrir una idea para otra”. En algunos países, el personal de oficina de las ONGs también tienen puestos en la burocracia, pero los sueldos son tan bajos (si es que se pagan de manera regular) que todos los que pueden encontrar otra cosa tienen un trabajo extra. Y si hablas inglés, y si tus parientes tienen puestos en los lugares correctos, ser un profesional de una ONG es una opción deseable.

Cuando el donante es el que sabe “lo que es mejor para ellos”: También he tenido la oportunidad de observar cómo se invita a algunas genuinas organizaciones de base políticamente activas a adoptar la agenda del filantrópico donante si se quieren recibir fondos. Una solicitud, acerca de la construcción de capacidades empoderadoras y a la que se ha llegado después de reuniones comunitarias, largas, rigurosas y comprometidas se convierte en vehículo para un intento de secuestro, con una conferencia, ponentes internacionales y una publicación en la contrapropuesta del donante. Resultados que la comunidad no requiere, para los que no tienen recursos ni energía, se ponen como condiciones. Nunca he escuchado que el Global Fund for Women haga esto. Sin embargo, he estado presente y lo he escuchado en las oficinas de la Fundación Ford. También dirigí un proyecto de la FAO en el que la presión de Roma y del país beneficiario se ejercían sobre actividades que no tenían ninguna relación con el documento del proyecto.

Cuando nadie sabe cómo moverse desde la información hacia las políticas y hacia la aplicación: De hecho, éste no es un problema limitado a los burócratas nacionales de los países receptores. Es particularmente evidente entre los directores de proyectos de universidades de la Ivy League⁷ en algunos de los esquemas multilaterales con los presupuestos más grandes. La verdad es que no han elaborado ni aplicado una política en un nivel nacional nunca en sus vidas. De acuerdo con mi experiencia, los grandes agrónomos, ingenieros o economistas occidentales designados como directores de proyectos multi o bilaterales no se han informado sobre las constituciones nacionales o las legislaciones relativas a los derechos, los informes por país de Amnistía Internacional o de Human Rights Watch de los últimos años, la naturaleza y funcionamiento del sistema político interno, o sobre algunas de las obligaciones de derecho internacional a las que se ha adherido el país beneficiario. Por supuesto que no solicitan los últimos documentos sobre la Condición Jurídica y Social de la Mujer. Consultar a la sociedad civil no es parte de su contrato de servicio ni forma parte de sus tareas en sus términos de referencia. Las mejores analistas que se puede encontrar son las comunidades que se verán afectadas por el proyecto, pero en lo que se refiere a estos extranjeros, el análisis tendrían que realizarlo expertos en “ciencia sociales”; ellos no aprenderían nada al involucrarse con la población local.

Cuando tus contrapartes nacionales aceptan algunos lugares para el involucramiento de la sociedad civil en la aplicación del proyecto piloto, pero no aceptan otros: si se trabaja en un proyecto nacional en Indonesia, las contrapartes argumentarán a favor de que los programas piloto o de capacitación se realicen en Bali. Si es en Nepal, preferirían que fuera en el Terai, a un día de viaje de Katmandú. Esto quiere decir que la base de todas las tesis universitarias, los proyectos de ONGs y la colección de datos de los Ministerios son las mismas comunidades. Los microdatos disponibles, entonces, tienen fallas graves, porque: a) la microeconomía crece a partir de que se es el estudio piloto de todo el mundo; b) hay fatiga de los informantes o “informantes profesionales”, y c) hay líderes taimados de las poblaciones que piden dinero. Puesto que no existe nada más disponible, los “datos” recopilados en estas comunidades se

generalizan a regiones enteras o a todo el país como “indicativas de”. Los expertos internacionales novatos aceptan esto porque no conocen otra cosa, no tienen recursos para recopilar información nueva, no saben aplicar la PRA, son flojos, o en realidad no les importa y hacen sólo lo suficiente para asegurarse su próximo contrato.

En contadas ocasiones se tiene la suerte de toparse con la excepción burocrática tanto en lo que se refiere al contratista internacional como a la contraparte nacional, lo que deja ver la serie de asuntos derivados del involucramiento de los así llamados “expertos internacionales”. Pero aunque esto resulta una excepción, hay un lugar para los consultantes que pueden presionar para que los proyectos se consulten con las personas reales afectadas por los programas y proyectos y para que éstos respondan a los análisis de la población local. La consultora internacional feminista encargada de una investigación acción puede empujar para que un proyecto “descubra a los pobres”. Mediante la combinación de las convenciones de derechos humanos ratificadas por el país beneficiario, reforzadas con la retórica de su constitución y una lectura pedante de las políticas del donante en cuanto a la asistencia para el desarrollo, generalmente se puede hacer que un proyecto o programa se detenga totalmente y se obligue a adherirse al lenguaje de estos documentos antes de poder continuar. No se requieren habilidades específicas, sólo un poco de planeación estratégica para saber cuándo jugar esa carta y después un poco de terca flexibilidad. Esto significa, casi siempre, que se tendrá que “consultar” a los pobres.

El Banco Mundial descubre a los pobres

A fines de la década de los noventa, el Banco Mundial auspició consultas con más de sesenta mil hombres y mujeres pobres de cerca de cincuenta países y ¡descubrió que las personas pobres eran las verdaderas expertas en los temas complejos y multidimensionales de la pobreza! La investigación se publicó en una serie de tres volúmenes.⁸ Los investigadores sí hicieron la pregunta sobre el género, pero muy pocas de las historias están basadas en los derechos o establecen vínculos explícitos con los derechos humanos contemplados en los convenios de las Naciones Unidas.

A pesar de este estudio masivo, existe poca evidencia de que las voces de los pobres hayan influido significativamente en las políticas o prácticas del Banco

Mundial. Los funcionarios de alto rango del Banco Mundial no tienen las habilidades necesarias para convertir una investigación cualitativa triangulada en programas sobre políticas con una población meta para que los resultados sean los negociados con los *expertos reales* en pobreza, es decir, los pobres. La creciente importancia de la evaluación participativa debería preocuparnos mucho, puesto que no se ha realizado una participación genuina de base para identificar las metas y los objetivos, los parámetros del proyecto, o los resultados deseados por aquellos que se verán afectados directamente. Las agencias esperan que las comunidades respondan a una evaluación de la agenda de alguien más. No queda en absoluto claro si el ejercicio del Banco Mundial ha logrado ir más allá de la apertura de espacios para aquellos cuyas voces rara vez son escuchadas.

El problema con la sociedad civil⁹

Aunque muchas de las “voces de los pobres” del estudio del Banco Mundial utilizaban un lenguaje basado en los derechos, las iniciativas de desarrollo se han formulado en el lenguaje del no-compromiso de la comunidad internacional: “sociedad civil” (¿y cómo se definiría la “sociedad incivil”?), gobernabilidad o fortalecimiento de las instituciones. Los proyectos y los programas tienen nombres como “Empoderamiento de la sociedad civil para la reducción de la pobreza”, “El compromiso constructivo”, “Desarrollo y utilización de los recursos humanos”, “Construcción de capacidades”, “Modernización de la asamblea legislativa”, e “Iniciativas de fortalecimiento institucional”. De vez en cuando se menciona un derecho humano, por ejemplo, se pueden encontrar las palabras “alfabetización” o “pobreza” en el documento de un proyecto, y “Apoyo a los procesos electorales democráticos” se acerca peligrosamente. Pero, en general, sólo hay más “Seguridad y justicia ciudadanas”, “Transparencia y rendición de cuentas en las prácticas gubernamentales”, y, ahora, un montón de “Capacitación judicial”.

Esto ha hecho surgir una industria completa de diferentes ONGs, organizaciones de la “sociedad civil”, académicos/as y expertos/as, que están detrás del dólar del desarrollo, y ha creado otra monstruosa capa entre los implementadores y los expertos de las bases. Es muy desconcertante leer una oración que afirma: “el surgimiento y crecimiento de la sociedad civil en las últimas dos décadas ha sido una de las tendencias más importantes en el desarrollo internacional”,¹⁰ cuando la historia social revela que los movimientos políticos de

comunidades de personas organizadas para alcanzar sus derechos no son nada nuevo. El hecho de que los agentes que manejan el poder en el ámbito del “desarrollo internacional” sostengan hoy en día que “las asociaciones entre gobiernos, sector privado y sociedad civil [son] la manera más efectiva de alcanzar beneficios *económicos* y *sociales* sustentables para la gente más pobre”,¹¹ acarrea, para mí, dos mensajes. El primero es que los beneficios “civiles y políticos” se excluyen. El segundo es que involucrarse con la “sociedad civil transnacional” no debe confundirse con consultar a los pobres — la gran mayoría integrada por mujeres — o considerarse una sustitución válida para ello.

En las circunstancias actuales, se nos invita a menudo a sentirnos agradecidos por las consultas que sí se llevan a cabo. Con seguridad, como lo describe Yasmine Shamsie, la relación entre la sociedad civil y los gobiernos es “tentativa y está cargada de una mezcla de aprensión y de una necesidad aceptada a regañadientes. La sensación creciente de necesidad brota de un tardío reconocimiento del hecho de que una ciudadanía fuerte y activa es el cimiento indispensable para la gobernabilidad democrática. La aprensión [se refiere a] la representatividad, la rendición de cuentas y [la] legitimidad de las organizaciones de la sociedad civil”.¹²

Obviamente que, en lo que se refiere a estas características, hay diferencias entre, digamos, Oxfam, algunos grupos de académicos/as que se organizan como instituto de políticas públicas y un sindicato de trabajadores textiles. No obstante, cada uno de estos está organizado, tiene cierto acceso y tiene formas de legitimidad y rendición de cuentas prescritas. A las organizaciones como éstas les gusta dotarse de “mecanismos de consulta”. Pero significa eso que se escuchan las voces de los pobres, moderadas por estos hombres y mujeres intermediarios? ¿No resulta todo demasiado cómodo?

¿A dónde fue a parar la agenda de los derechos?

Personalmente, no puedo evitar una perspectiva que sospecha que el centrarse en la “sociedad civil” y la “governabilidad” *no* es un ejercicio del uso sutil de eufemismos por parte de los donantes

para insertar los derechos civiles y políticos en sus programas. Se trata de evitar una perspectiva basada en los derechos, así como de un ejercicio de control sobre las ONGs o grupos de la sociedad civil. El programa de un donante generalmente incluirá por lo menos dos pasos: *a)* “Desarrollar las ONGs y su capacidad”, y *b)* “Establecer asociaciones” con ellas. Los donantes entregarán dinero a los grupos que tengan agendas acordes. A las ONGs les gusta sostenerse y saben de dónde provendrá su próximo trabajo. A veces, esto puede llevar a los cuerpos directivos de las ONGs a tomar decisiones sobre políticas que incluyen abstenerse de cualquier actividad que pueda ser considerada abogacía. El mantra será: En el nivel del estado nación, capacita y participa por todos los medios, pero no realices acciones políticas. En el nivel internacional, las multilaterales se harán cargo de aquellos “grupos de la sociedad civil transnacional” que tienen una base sólida de apoyo ciudadano y no son dependientes de los donantes, involucrándolos en diálogos de la “sociedad civil” en el lugar de honor, mientras se comporten bien. Incluso crearán unidades completas para este “involucramiento”, como ha hecho el Banco Mundial desde 2002.

Ahora quiero apurarme a hacer unas señalizaciones aquí. Yo no deseo que Greenpeace, Amnistía Internacional o Save the Children cambien su mandato o dejen de trabajar. También sé que hay excepciones muy importantes en la organización de las ONGs de la “sociedad civil”, en las que la participación política activa de los pobres es la regla y no la excepción. Aquí citaré el caso de la India. He conocido, además, a feministas asombrosamente valientes a la cabeza de grupos de la “sociedad civil” en Europa oriental, por ejemplo, que no se echan para atrás en sus agendas para aplacar a los donantes. Por otra parte, no soy absurdamente romántica acerca de la capacidad de todas las personas pobres para participar y responder de manera constructiva todo el tiempo. Siempre habrá quienes hayan sido aterrorizados muy recientemente, estén en la miseria o hayan estado sin los derechos básicos por tanto tiempo que no tienen la capacidad para la participación constructiva de ese proyecto en ese momento. Entonces, la presencia de una ONG íntegra capaz de representar a esos grupos durante un lapso sostenido sin “tomar el mando” es un factor crítico que ayuda a prevenir aún más abusos.

Además, tenemos que “estar ahí”, como demostró la Declaración de la Sociedad Civil en la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI) en Ginebra, diciembre 10-12, 2003. En un esfuerzo por superar la estrecha definición de las tecnologías de información y comunicación sólo como las telecomunicaciones y el Internet, y puesto que el proceso preparatorio para la cumbre tenía más de dos años, la Plenaria de la Sociedad Civil de la CMSI adoptó el documento *Construir sociedades de la información que atiendan a las necesidades humanas*.¹³ Dos temas clave en los que los gobiernos parecían estar inevitablemente divididos eran cómo manejar los desequilibrios en y entre naciones para superar la “división digital”, y llegar a un acuerdo de compromiso con los derechos humanos (en particular sobre la “libertad de expresión”) como base para la *Declaración de Principios* y el *Plan de Acción* de la CMSI. El grupo de la sociedad civil produjo una lista de puntos de referencia esenciales contra los cuales, más adelante, evaluarán la evolución y los resultados del proceso de la CMSI.

Hay buenos ejemplos de logros significativos por parte de la sociedad civil internacional. Están los estudios de caso utilizados por el Centre for Global Governance de la Escuela de Economía de Londres, para su libro *Global Society Year Book 2002*. Se trató de los casos de los movimientos sociales sobre responsabilidad social empresarial, VIH/sida y la Corte Penal Internacional. El estudio de caso de la Corte Penal Internacional detalla la

historia “institucional” y “formal” de cómo se llegó a la Conferencia de Roma (junio-julio 1998) para adoptar el tratado definitivo. Señala que la mitad de las 236 ONGs representaban a grupos legales, profesionales o de derechos humanos. Otras organizaciones de las que trabajaron ahí, en el nivel nacional o en las conferencias preparatorias, incluían organizaciones de mujeres, grupos de paz y resolución de conflictos, grupos eclesiásticos y religiosos, y organizaciones de la ONU.

Cuando pienso en lo que a mí me movilizó para dar apoyo a la Corte Penal Internacional, recuerdo a las Madres de los Desaparecidos, golpeando cacerolas o bailando solas. Recuerdo a las mujeres del sur de Asia oriental que debían dar “consuelo” a las tropas durante la Segunda guerra mundial. Recuerdo los testimonios de las mujeres bosnias violadas durante el conflicto en la ex Yugoslavia. A lo mejor sólo unas cuantas de ellas pudieron llegar a Roma, pero sus acciones de base, civiles y políticas y sus testimonios, junto con otras evidencias, hicieron posible que otras tradujeran este saber nacido de la experiencia al lenguaje de la abogacía requerido en el espacio de una conferencia de la ONU. Lo que es sorprendente es que aparte de la demostración de un tapete humano dirigida por Amnistía Internacional durante la Conferencia de Roma, las vidas y las experiencias de estas mujeres desaparecieron del estudio de caso de la sociedad civil realizado por el prestigioso centro de la Escuela de Economía de Londres.

Notas:

¹ Gibbs, Lois Marie, *Love Canal: The Story Continues*, New Society Pub, 1998.

² Informe con comentarios de Thomas Carothers, Vicepresidente de Estudios, Carnegie Endowment Symposium, 14 de diciembre de 2000, <<http://www.ceip.org/files/events>>.

³ Freire, Paulo, *Pedagogy of the Oppressed* (Trad. Myra Bergman Ramos), Nueva York: Herder and Herder, 1972.

⁴ *Action and Knowledge: breaking the monopoly with participatory action research*, Orland Fals-Borda & Muhammad Anisur Rahman (eds.), Nueva York: Apex Press, 1991.

⁵ “Herstory” en inglés: juego de palabras que toma el adjetivo *her* (femenino) para sustituir a *his* (posesivo masculino). La traducción sería “el relato (la historia) de ella”. [N. de la T.]

⁶ Chambers, Robert. *Whose Reality Counts? Putting the Last First*, Londres: Intermediate Technology Publications, 1997.

⁷ Grupo de universidades del noroeste de los Estados Unidos famosas por su prestigio social y académico (entre ellas, Harvard, Columbia, Princeton, Yale). [N. de la T.]

⁸ Narayan, Deepa, et al., *Can Anyone Hear Us? Crying Out for Change, y From Many Lands*, Oxford University Press, 2000.

⁹ No voy a ocuparme aquí de la disputa académica acerca de si la “sociedad civil” se trata de las ONGs o de movimientos u organizaciones de la sociedad civil. Para este tema véase <<http://www.lse.ac.uk/Depts/global/Yearbook/yearbook.htm>>, Vol. 2, p. 5, 2002. 28 agosto 2003.

¹⁰ Carnegie Endowment Symposium, *op.cit.*

¹¹ World Bank Group, DevNews Media Centre, Civil Society: 28 Aug 2003, <<http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/NEWS/0,,contentMDK:20040873~menuPK:34480~pagePK:36694~piPK:116742~theSitePK:4607,00.html>>.

¹² North South Institute, *Mutual Misgivings: Civil Society Inclusion in the Americas*, Ottawa, Canadá, Octubre 2003.

¹³ http://www.itu.int/wsis/documents/doc_single-en-1179.asp. En español: <http://www.itu.int/wsis2005.org/wsis/main-_c03_02.htm>

¹⁴ Véase cap. 5: *Time to Stop and Think: HIV/AIDS, Global Civil Society, and People's Politics*. <[http://www.lse.ac.uk/Depts/global/Yearbook/PDF/PDF2002/GCS2002%20pages%20\[05\]%20.pdf](http://www.lse.ac.uk/Depts/global/Yearbook/PDF/PDF2002/GCS2002%20pages%20[05]%20.pdf)>.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Ver, por ejemplo, Arditti, R. *Science and Liberation*, Boston: South End, 1980, y *Beyond Methodology: Feminist Scholarship as Lived Research*; Fonow Mary Margaret (ed.), Indiana University Press, 1991.

Hay que contrastar esto con el compromiso frontal de los activistas en la movilización a favor de los derechos de las personas que viven con sida.¹⁴ A fines de la década de los ochenta la movilización de la sociedad civil comenzó en los Estados Unidos en un ambiente de enjuiciamiento y estigma, ya que la enfermedad estaba ligada a la comunidad homosexual masculina. La acción directa emprendida por grupos como Act Up hizo que finalmente las personas con sida fueran invitadas a las conferencias que discutían sobre ellas. En el Hemisferio Sur, un tema central ha sido el acceso a las medicinas para vivir con el sida, puesto que muchas de las personas que tienen la enfermedad son muy pobres. Pero el activismo de las redes de personas viven con sida, y sus amigos y familias, persuadió a los gobiernos de India, Brasil y Tailandia de permitir —en contra de los reglamentos de la OMC— la producción de medicinas genéricas que de otro modo resultan excesivamente caras. Al mismo tiempo, la sociedad civil del Hemisferio Norte ha seguido presionando a sus gobiernos y multinacionales para que apoyen a las voces de las personas que viven con sida del Sur. Sin embargo, Hakan Seckinelgin concluye: “Después de mucho tiempo de acciones de abogacía y de servicio por parte de la sociedad civil en el mundo en desarrollo, el panorama no es muy optimista. Por tanto, se ha vuelto imperativo que la gente exprese —o, más bien, exprese a gritos— sus necesidades, formuladas como derechos”.¹⁵

El comentario de Seckinelgin me hace recordar otras preguntas que surgen del desasosiego. ¿Cuál es la diferencia entre las ONGs que se quedan con el lenguaje de los derechos y la justicia social, y las otras que se sienten felices de abandonarlo a cambio del “reconocimiento”? ¿Cómo es que muchas de las que logran el dólar de los donantes han abandonado el lenguaje de los derechos y aparecen ahora como “socios” de la sociedad civil?

Bajo el sol

Y hay otro tema que requiere atención: la cuestión de la oportunidad. ¿Cuándo debería una ONG, que ha utilizado sus habilidades operativas para dirigir un cierto espacio interno, hacerse a un lado y dejar que esa área la ocupen las voces expertas de quienes provienen de las bases? Esto me recuerda, otra vez, el camino que hemos andado como investigadoras académicas en esta ola del movimiento feminista. En la década de los setenta, cuando

el trabajo feminista se denigraba diciendo que era subjetivo, le faltaba distanciamiento clínico, era cualitativo o demasiado participativo, nuestros métodos revelaron las prácticas y procesos de gran parte de la investigación aceptada. Existía un patrón en cuanto a la distancia entre el profesor de bata blanca y la recolección real de datos. El profesor podía diseñar la investigación, pero se mantenía alejado de los pasos que implicaban tomar notas u observar, repetitivos y aburridos. Estos seguramente los realizaban una serie de asistentes. Después, él dirigía el análisis de los datos, sin haberse involucrado en absoluto en la actividad de campo.¹⁶ Y el análisis se consideraba riguroso y confiable, aunque cabalmente no era ninguna de las dos cosas.

Ahora que se han adoptado los proyectos y programas para “el involucramiento de la sociedad civil”, la “participación comunitaria” y la “gobernabilidad”, demasiados académicos, multilaterales, donantes y ONGs, operan sobre la base de que *las* asociaciones, *el* involucramiento y *las* comunicaciones significativas pueden darse a la distancia de uno o dos pasos de los expertos principales. En ese nivel, se pierde la política. La afirmación primaria del experto se traduce a algo que suene menos cuestionador del nuevo cómodo orden. ¡La experiencia y la oportunidad de participar a favor de las “voces de los pobres” son traicionadas muchas veces por quienes dicen representarlos!

En una canción de la feminista australiana Judy Small hay una frase muy buena que dice “tú no hablas por mí (o en mi nombre)”. Sospecho que para gran parte de la cacofonía producida por el círculo interno de la sociedad civil, esa frase sería un señalamiento apropiado. Sé que no hay soluciones simples para estos asuntos. El enfoque “simple” ha sido la homogeneización de la “sociedad civil”. La insistencia sobre la “sociedad civil” y sus procesos, como si se tratara de un fenómeno relativamente reciente descubierto en Europa oriental en los últimos veinte años, es risible para cualquier feminista con un sentido remoto de la historia social del planeta. Pero hay obstáculos en esta ruta y abundan las tentaciones para la cooptación. Seguro, tenemos que “estar ahí”, y en todas las formas (y disfraces) que sean posibles. Pero no dejemos de estar alertas ni por un momento, ni soltemos tampoco nuestro afán de riesgo y nuestro sentido del humor. Los vamos a necesitar para este nuevo periodo.

Traducción: Cecilia Olivares



awid

La Asociación para los Derechos de la Mujer y el Desarrollo (AWID) es una organización internacional que vincula, informa y moviliza a personas y organizaciones comprometidas con el logro de la igualdad de género, el desarrollo sostenible y los derechos humanos de las mujeres. Una red dinámica de mujeres y hombres, las personas afiliadas a AWID son investigadoras/es, académicas/os, estudiantes, activistas, personas de negocios, generadoras/es de políticas, personas que trabajan en el campo del desarrollo, financiadores y más, la mitad de los cuales habitan en el Hemisferio Sur y en Europa Oriental.